

# 1

## Los orígenes

La adopción es estar fuera. Pones en acción lo que se siente al ser la que no forma parte de algo. Y actúas intentando hacer a los otros lo que te han hecho a ti. Es imposible creer que alguien te quiera por lo que eres.

JEANETTE WINTERSON,

*¿Por qué ser feliz cuando puedes ser  
normal?*

Esta historia comienza mucho antes de mi nacimiento, mi abandono y posterior adopción internacional. Empieza con mi familia adoptiva y con quienes se convirtieron en mis padres. Fue esta familia la que me sacó de Rusia, me alimentó, me dio cobijo, me enseñó un nuevo idioma, me educó y, sobre todo, me ofreció una segunda oportunidad en un hogar donde el amor, el cuidado y la atención estuvieron siempre presentes. Tuve y tengo una buena familia española; tuve y tengo una vida feliz, ni más ni menos ajetreada que la del resto de personas que me rodean.

Mi experiencia no está reñida con los sentimientos que muchos adoptados experimentan en diferentes etapas de la vida. El abandono es la primera piel, la que delimita nuestra identidad y no nos deja vivir en paz. La duda, la pregunta, la intriga sobre mis orígenes estuvieron siempre presentes, al menos desde que tengo conciencia de que nací en 1990, en julio, en la Unión Soviética, un país que, aunque ya no existe, todavía extiende sus tentáculos hasta mí, treinta y cinco años después.

Durante mucho tiempo escuché, y me hicieron pensar, que mi interés por los lugares de procedencia de mis padres biológicos, Rusia y Armenia, se debía a una venganza

personal, a una especie de traición contra mis padres adoptivos. Sin embargo, esta empresa, a la que he dedicado dos décadas, de buscar y restituir a mi familia biológica, no nació de una tragedia en el seno de mi familia adoptiva, sino que se debió a un proceso necesario en casi cualquier adoptado. Así pues, gracias a haber encontrado en mi familia adoptiva una estructura reparadora y el suficiente apoyo emocional, reuní la fuerza y la valentía suficientes para buscar a mis padres biológicos. Fui afortunado; otros adoptados no pueden afirmar lo mismo.

Dicen que el deseo de tener un hijo es un instinto humano. No obstante, algunas veces puede ser una necesidad; otras, una imposición y, en algunos casos, un hecho inesperado del que hay que hacerse cargo. La búsqueda de los orígenes también lo es: nace de las entrañas, es una necesidad vital de autoconocimiento. Puede venir cargada de responsabilidad; también puede aparecer por sorpresa, tras encontrar unos papeles cuya existencia ignorábamos. Buscar los orígenes es, en cierto modo, crear una familia, pero en dirección opuesta, ascendente: es parir a los padres biológicos y ocuparse de la huella de los ancestros, tanto de los héroes como de los fracasados.

## LA ADOPCIÓN DE MI HERMANO SAMUEL

Tres meses antes del cambio de milenio adoptamos a mi hermano Samuel. Yo tenía diez años, la cara rosada y el pelo negro, casi rapado. A mi hermana Lucía, también adoptada, por esa época le faltaban las dos paletas y le caían restos de tirabuzones dorados sobre los hombros.

Samuel llegó a casa un día cálido; el viento del sur soplaba suave después de una vuelta al colegio con lluvias e inundaciones que anegaban los prados. Así era la costa de Cantabria: agua y luego incendios. Sostuve a mi nuevo hermano en los brazos. Pensé que se quedaría quieto, como hacían los cachorros de las perras que pululaban por nuestro jardín. Lo olfateé para saber si en efecto era un ser humano. Ese fue el día en que me pregunté cómo era posible que sus padres biológicos lo hubieran abandonado al nacer. Apenas llegaba a los siete meses; era tan frágil como la cáscara seca de una castaña. No podía haber hecho nada malo con tan pocos meses de vida.

Mi hermana Lucía y yo tuvimos muchas preguntas sobre la adopción, y pocas respuestas. No nos quedó claro quién y por qué había decidido que tenía que ser un niño y no una niña; tampoco por qué ese bebé, precisamente ese y no otro, iba a acoplarse a nuestra familia. Samuel fue mi primer contacto real con la adopción. La llegada de un cuerpo extraño al hogar me incomodaba, y a la vez surgía en mí el instinto de cuidarlo. Me tropecé varias veces con lo mismo: eran mis hermanos, vivían conmigo, pero no sentía que lo fuéramos del todo, porque no nos parecíamos en nada, y, en cierta forma, no teníamos los mismos padres. Es posible que esto no se deba a la adopción en sí misma, sino a las mil y una variantes de la educación y la crianza recibidas, pues mis padres no eran los mismos cuando me adoptaron a mí en 1991 que cuando adoptaron a mi hermana después, y a mi hermano una década más tarde.

Eva y Rubén, mis padres, evitaron el cuento de la cigüeña, la explicación biológica de la procreación, el embarazo y el parto. Nunca vimos a mi madre embarazada ni palpamos con nuestras manos su vientre abultado en

busca de nuestro futuro hermano. Para explicar nuestra adopción (la mía en Rusia y la de mi hermana en España) acudían a «Hemos lanzado nuestro amor al cielo; ha impactado contra una estrella, una esquinita se ha roto y ha caído. Nacisteis de una madre en otra ciudad muy lejos, y como ella no os podía cuidar, nosotros fuimos a buscaros. Porque os queríamos desde antes de que cayerais del cielo». Pensaron que, a esa edad, siendo nosotros niños, era mejor omitir que nuestras madres biológicas no nos quisieron a su lado o no pudieron hacerse cargo de nosotros. De todos modos, ya lo sabíamos.

Estábamos acostumbrados a acudir a la Residencia, el hospital de Santander donde parían nuestras tías, a visitar a primos recién nacidos. Por aquel entonces nos colábamos en el ascensor, escondidos entre el abrigo de alguna tía. No dejaban subir a los niños a la planta de maternidad, pues éramos un cargamento peligroso de virus, aunque sí se pudiera fumar en los descansillos de las escaleras. Mi hermana y mi hermano habían nacido en ese hospital, pero nadie acudió con flores ni chocolates para sus madres. Me daban envidia aquellas familias y sus fotos instantes después del alumbramiento. Ella, todavía jadeando y sudando mientras sostenía en los brazos tres kilos de carne con patas. Los padres, en esa época, miraban a la cámara luciendo bigote y chándal. Yo quería saber dónde había nacido y de quién era hijo biológico. Miraba mi cuerpo y me preguntaba qué deformaciones tenía, y si al nacer me habían diagnosticado alguna extraña enfermedad y por eso me enviaron a un orfanato soviético.

Iván el Malo. Así me bautizaron mis profesores de los tres a los doce años. Etiqueta que yo me creí, igual

que cuando los profesores de religión nos decían que quien no creyese en la Virgen moriría en una lluvia de hielo y fuego. Yo confiaba en mi padre, que decía que eso de la religión era «una mongolada», pero temía que él muriese en el coche fulminado por un rayo porque odiaba a los curas. Rezaba en silencio, por si acaso. Mi padre también criticaba a las muchachas de servicios sociales llamándolas «brujas» sin que mi madre lo escuchara.

El periodo de adaptación a la nueva familia de un niño por adopción era de tres meses. Esto se llamaba «periodo preadoptivo». En ese tiempo, la familia biológica de Samuel podía reclamarlo. También existía la posibilidad de que mis padres se echaran atrás. Para comprobar que todo iba bien, teníamos que acudir a las oficinas de Bienestar Social de Santander. Olía a tabaco, sonaba el teléfono, todo era ruidoso y confuso. Una señora, con gafas de sol en la cabeza y los codos planos apoyados en una mesa llena de rayones, me preguntó: «¿Tú vas a ser buen hermano mayor?». Luego se apretó una carpeta contra el pecho esperando mi respuesta. Estaba convencido de que ella ya sabía que yo era Iván el Malo. Para qué hablar entonces. Enmudecí.

Igual que hacía solo un par de meses ellas habían traído a Samuel a la puerta de mi casa en un coche granate y diminuto, estaba plenamente convencido de que harían lo mismo conmigo, pero a la inversa: cualquier día escucharía ese mismo coche en la puerta del colegio y me introducirían en el maletero a la fuerza para llevarme de vuelta rumbo a Rusia. «¿Cómo va a ser ese tu hermano si no hemos visto a tu madre embarazada?», me preguntaban mis compañeros. Otros, que más o menos intuían lo

de la adopción porque sus madres se lo habrían contado, me llamaban «adiestrado». Los profesores tampoco se cortaban y me amenazaban: «Si hablas, te devolvemos a tu país de mierda». Salía de clase, iba al baño a beber grandes cantidades de agua y luego me desmayaba del miedo.

Vi el espejismo de un regreso a Rusia. Me despertaba por las noches para comprobar que mi hermano seguía en su cuna, que mi hermana permanecía enrollada en su nórdico y que aquellas «brujas» no estaban esperando fuera con el motor en marcha para llevarnos a los tres.

#### TOLI Y MANUS. LA FAMILIA DE MI PADRE

Rubén: mi padre.

Eva: mi madre.

Samuel y Lucía: mis hermanos.

Manus y Toli: mis abuelos.

Rafael de Gaztañaga: mi bisabuelo, padre de Manus.

Jesús y Ción: mis bisabuelos, padres de Toli.

Las salidas y entradas en mi casa hicieron que viera a mi familia como un lugar frágil y de paso. Unas vidas llegaban y otras se iban para siempre. Mi abuelo Manus, apodo que le dieron en su juventud como boxeador, moría poco a poco a principios del milenio. Durante aquellas primeras semanas del año 2000 escuchaba al carnicero del supermercado anunciando el apocalipsis, que el reloj de los congeladores iba a explotar y él perdería su empleo. Manus era el más viejo de los Gastañaga que yo había conocido, y su apellido había terminado en mi padre, y luego en mí y en mis hermanos. Mi padre no contaba mucho sobre su

familia, y eso me producía curiosidad.

Recuerdo a mi abuelo con la boca cerrada; cuando la abría, tosía como el caballo que solía montar mi padre, agotado de caminar por la playa. Mi abuelo era enorme de espaldas, de cara, de hombros, de pulgares. Era macizo. Olía a loción de afeitar con alcohol. Sus manos se movían despacio, como las de un muñeco al que se le están acabando las pilas. Recuerdo el agujero que tenía en el cuello, siempre cubierto con un pañuelo azul oscuro y lunares blancos. Cuando se reía, se le escapaba el aire por ahí y sonaba como una turuta de carnaval. Me hacía reír, y mi madre me tapaba la boca. La palabra «cáncer» estaba prohi-bida en casa, igual que tampoco se hablaba de la adopción con naturalidad. De eso murió Manus, de los múltiples agujeros en sus órganos producidos por el tabaco y la mala suerte.

Aquel fortachón era descendiente de vascos oriundos de alguna aldea fronteriza entre Vizcaya y Guipúzcoa. Corría un rumor en la familia que decía que su padre, mi bisabuelo, Rafael Gaztañaga, «algo hizo en la guerra y terminó escondido en La Montaña». Lo que decían de él encajaba más o menos con la realidad. Así lo demostraban los documentos sobre la Guerra Civil que encontré décadas más tarde. Rafael de Gaztañaga, su apellido original y que luego castellanizó al actual Gastañaga, cambiando la zeta por la ese, fue un *gudari* del Batallón Arana Goiri, un miliciano del ejército nacionalista vasco al que le costaba defenderse en español y que no dudó en luchar contra el bando nacional. Cobraba apenas diez pesetas como soldado. Conservo su nómina de 1936, un tesoro.

Algunos documentos históricos vascos lo sitúan en la batalla del monte Saibi; sin embargo, pocas semanas

después, en enero de 1937, aparece como refugiado en Santander, como indican algunos registros de los represaliados del franquismo. Una vez, mi abuela me enseñó a escondidas una foto antigua de Rafael. Se le veía con el brazo en cabestrillo, rapado, con la boina ladeada y luciendo un intento de sonrisa; se notaba que había perdido algunos dientes. Su cara mostraba violencia, sufrida y ejercida. Lo que sí me resulta un enigma es por qué su hijo (mi abuelo Manus), en su juventud, se enroló en la Guardia Civil sabiendo que su padre fue del bando contrario. Es posible que nadie quisiera recordar la guerra, que no les importara.

Volviendo a mi abuelo: en 1960, durante una verbena veraniega en Santander, conoció a una chica menuda y de larga cabellera negra. Ella tenía diecisiete años recién cumplidos y él dos o tres más. Esa chica era mi abuela, Toli. Así la llamaban sus nueras, amigas y vecinas.

Toli provenía de una familia «de la miseria», como le gustaba decir. Su padre, Jesús Altamirano, trabajaba de operario en los trenes que unían Nueva Montaña, una fábrica de hierros y aceros, con el puerto de Santander. Consiguió el trabajo tras su vuelta de la guerra, después de haber luchado del lado de Franco. Toli recuerda que cuando el tren pasaba cerca de la finca donde vivían como familia de servicio para un indiano, su padre les lanzaba los restos de carbón de la locomotora como si sus hijos fueran los peces de un estanque: «Mira, las manos negras, las rodillas negras. Usábamos la parte d'álante del vestido para recoger el carbón. Luego mi madre nos reñía. No teníamos nada. Éramos tan pobres que mis padres iban la noche de Reyes a las jugueterías cuando estaban a punto de cerrar para quedarse con los restos. A mí me tocó un muñeco con un ojo». Lo que

le dio trabajo y carbón extra para sus hijas acabó matando al padre de Toli. Un día como cualquier otro, Jesús se dirigía a casa después del trabajo, se despistó y tropezó con las vías. Un tren lo cortó por la mitad.

La mujer de Jesús y madre de Toli, mi bisabuela, a quien llamaban Ción, quedó a cargo de media docena de chiquillos; se ganaba algunas perras limpiando los portales de los barrios más feos, húmedos y empinados de la ciudad. Tuve la oportunidad de conocerla. La imagen que conservo de ella es siempre apoltronada en una cama, porque no podía caminar bien. Le gustaba taparse con una colcha dorada; parecía un castillo inflable escorado. La visitábamos algunas tardes con mi madre, que, pese a no ser su nieta, se encargaba de que fuéramos a verla. Capté desde bien pequeño que el sostenimiento de los lazos familiares o su ruptura depende casi exclusivamente de las mujeres. No recuerdo a mi padre o a sus hermanos visitando a su abuela.

Tras el fugaz noviazgo y la boda de mis abuelos, llegaron las turbulencias. Toli trajo tres hijos al mundo antes de cumplir veintitrés años. Mi padre Rubén nació en 1962, en unas condiciones hospitalarias que casi lo llevan a la muerte.

Con tres niños gateando por la casa, unos salarios que solo alcanzaban para sobrevivir semana a semana y una vivienda en muy malas condiciones, les resultaba imposible acceder a una educación decente para ellos. La deseada ascensión a la clase media solo llegaría después del sacrificio de la emigración: a Manus y Toli no les quedó otra alternativa que hacer las maletas. Había llegado la hora de abandonar España. Estaban bien entrados en la veintena, tenían varios hijos

varones a los que alimentar y, quedándose en Santander, no iban a salir de aquel círculo vicioso. Su objetivo, como muchos emigrantes españoles de entonces, era regresar con los bolsillos llenos de monedas, comprar un piso y vivir en familia, lo que ya era más que suficiente.

Primero probaron suerte en Hamburgo, Alemania. Un hermano de Manus regentaba allí un restaurante solo para españoles, El Galicia. Miles de españoles habían llegado a la ciudad,

y muchos sobrevivían en buhardillas insalubres y haciendo aquellos trabajos que los alemanes ya no querían hacer. Mi abuelo fregaba platos y echaba una mano con las mesas en el comedor; mi abuela hacía de canguro de los hijos de otras españolas con jornadas de trabajo maratónicas. Como muchos, no se adaptaron a la cultura ni a la forma de vida alemanas. Tampoco aprendieron el idioma. Necesitaban dinero en metálico para llevar a España y no tenían tiempo para nada más, y tampoco nada más les importaba.

Unos años después cambiaron los canales, el frío y la humedad de Hamburgo por las enormes y sucias barriadas de españoles en París. Los obreros españoles vivían en chabolas de las zonas industriales, y otros tantos se hacían en la Pequeña España, un barrio de Saint-Denis. Otros vivían un poco mejor, pero igual de apartados de la soñada burguesía parisina, como el resto de las comunidades de inmigrantes. Manus trabajó en una fábrica de reciclaje de basuras y Toli pasando la fregona en los trenes de cercanías de París. No obstante, el desarraigo les venció, y años más tarde se subieron a un avión de vuelta a Santander para estar cerca de sus hijos. Eso sí, con

algunos billetes que les permitieron al menos no volver al agujero de donde habían salido.

Tengo vagos recuerdos de infancia en los que veo a mis abuelos juntos, como pareja. Recuerdo cuando a Manus se le ocurrió vaciar el cenicero del coche delante de la puerta de nuestra casa. Ella corrió a abroncarle y le atizaba con un trapo. Luego reían. Su coche era toda una institución en la familia. El maletero estaba adelante, una rareza que atraía las miradas. Cuando íbamos a la playa y Toli sacaba las toallas y las sombrillas del maletero, la gente se quedaba pasmada, como si esa diminuta mujer hubiera metido allí un cadáver en vez de bocadillos o latas de cerveza. El coche no tenía dirección asistida, lo que hizo que mi abuela desarrollase unos fuertes y temidos brazos que también usaba para subirse a limpiar los tejados. Él no conducía.

Desde el balcón de su piso, en la planta doce, a las afueras de Santander, mi abuelo me enseñaba la inmensidad del mar Cantábrico y me decía que de allá lejos había venido yo. Otras veces señalaba una estantería de cristal donde destacaba una figurilla de un buda dorado con la barriga al aire, y me decía ronco y casi afónico: «Esta gorda es tu abuela». A mí me daba vergüenza; para mí, ella era sagrada, casi tanto como aquella pieza. Acto seguido se daba la vuelta y, con la otra mano, dejaba que la perra lamiera de su cucharilla parte del yogur de fresa que estaba merendando. Eso me hacía reír, porque aquella perra era feísima, una masa de pelo negro sin peinar y con un ojo cosido, resultado de una pelea callejera. Se llamaba Mona, y no sabía cómo era capaz de acertar a lamer la cucharilla estando tan incapacitada como él, ya achicharrado por la quimio.

El funeral de Manus se celebró en la iglesia de fachada

amarilla que hay en la cresta de una montaña cortada por la mitad, fruto de las voladuras, que gobierna la entrada de Santander. Recuerdo a mi abuela apretándome la cara con sus dedos fríos, insistiendo en que no merecía la pena llorar. Me escondí detrás de las piernas de alguien y me tapé la cara enrojecida con un paraguas.

Mi familia se había ampliado con la adopción de mi hermano y se encogía a los pocos meses con la muerte de mi abuelo. Parecía que la balanza estaba equilibrada. Sin embargo, a las pocas semanas adoptamos también a mi abuela. Mis padres le ofrecieron pasar el duelo en casa y así cuidar de nosotros tres. Mejor una abuela que una niña desconocida, pensarían. Ella aceptó. Nos cubría de caprichos y, en ausencia de nuestros padres, nos permitía hacer lo que consideráramos más divertido. Nosotros la cuidábamos a ella y ella a nosotros. No era una vieja como las otras vecinas, con canas y faldas largas, lentas y malhumoradas. El color de su cara era el del barniz, y las arrugas empezaban a aparecer fruto de años bajo el sol en la playa. Seguía siendo bajita, usaba pantalones vaqueros y sudaderas deportivas. Escupía humo sin parar, limpiaba, cocinaba, hacía de taxista, de socorrista en la piscina y de despertador de la siesta.

Toli se quedó en casa durante más de veinte años, hasta que sus piernas no dieron más de sí y abandonó sus labores con setenta y siete años. Nunca había cotizado a la Seguridad Social, y aquel trabajo, por el que mis padres le pagaban, complementaba su pensión de viudedad y evitaba su soledad. Mis hermanos y yo, cada uno con su genética, su cara, su pasado diferente, encontramos en su figura un pegamento que nos unía al decirnos: «Lo mismo es un niño normal que uno adoptado». Ella observó,

entendió y nos explicó que los hijos adoptados nos acabamos pareciendo a nuestros padres, para lo bueno y para lo malo. Eso nos hacía estar seguros; es decir, su convencimiento de que la familia se elige, se deforma y se arregla. Con el respaldo de mi abuela y mi hermano recién adoptado, mis preguntas sobre cómo habría sido mi vida en Rusia empezaron a tomar fuerza, como olas que avanzan inexorables y se estrellan contra un acantilado.

Los adoptados no tenemos pasado. No sabemos de quién hemos heredado el color de los ojos, el tono de voz, la risa, los andares. Crecemos sin referentes familiares, sin fotos de nuestros ascendientes biológicos a quienes integrar en nuestra vida. Los no adoptados dan por sentados su herencia, su carácter y las historietas del abuelo. Los adoptados tenemos que arar con fuerza la tierra de una familia que nos acoge, con el miedo a no ser nunca suficientes y terminar de nuevo como huérfanos en una casa de acogida o en la calle. Ser adoptado es desear formar parte de una familia y a la vez vivir con la zozobra de preguntarnos qué pasó con quienes nos dieron la vida. La adopción me dio una familia y un hogar, pero también borró mi nombre, me arrebató la lengua de mis padres, me sacó de Rusia, hizo que mi identidad se esfumara. Mi abuela Toli supo leer todas aquellas dificultades, y me ayudaba, ya fuera cocinando una torre de filetes rusos con patatas fritas, metiéndose en una pelea para defenderme o haciendo de confidente.

## LA FAMILIA DE MI MADRE

Eva: mi madre.

Rubén: mi padre.

Vera: mi tía.

Julio y Alison: mis abuelos.

Juan y Socorro: mis bisabuelos, padres de Julio.

Peter y Joan: mis bisabuelos, padres de Alison.

A los pies de Santander se abre reverente una bahía, refugio de los barcos agotados del oleaje del Cantábrico y de los pensamientos desagradables de la jornada. A veces las corrientes se llevan lejos a unos y a otros; otras veces los devuelven en forma de desastre. Por su superficie se desplazan veleros blancos que contrastan con grandes buques de mercancías con el casco oxidado. Al fondo y a modo de frontera se levanta una montaña verde, coronada por una enorme antena de televisión, y más atrás, durante los días claros, se ven los límites de Cantabria en forma de puntas grises de roca.

Un día, mi madre nos despertó muy pronto por la mañana con una orden: ir a despedir a la bahía a sus padres, Alison y Julio, mis abuelos maternos. Debíamos estar a las diez en punto de la mañana en el embarcadero del ferri que unía Santander con Plymouth, Inglaterra. Algo había sucedido en la familia de mi abuela que requería de su presencia allá, y a mi madre le costaba encontrar las palabras. No lloraba, tampoco se la veía hundida. Parecía que la vida de mi abuela no corría peligro.

Recuerdo que cuando llegamos al embarcadero me calmé, porque vi que mis primos y tíos estaban charlando tranquilos. Nadie lloraba. No era la primera vez que íbamos allá. Me fijé en que sobre nuestra cabeza estaba escrito *Embarkation*. Me daba risa, porque parecía una de esas palabras inventadas en español transformadas del

inglés. De hecho, otras veces ya habían descendido de aquella mole flotante, blanca y llena de ventanitas, primos lejanos y tíos ingleses de mi madre. Recalaban en Santander a decir «hola» y «adiós», y luego continuaban rumbo al sur de España en sus coches de matrícula amarilla en busca del sol del Mediterráneo. Entonces no había turistas en Cantabria. Yo había viajado a Inglaterra de niño con mis padres en ese mismo barco, pero no guardo recuerdos.

La tía Marga, hermana mayor de mi madre, insistía en que mis abuelos tenían que subirse rápido al barco, que no podían perderlo. Les había preparado una tortilla sin sal y un poco de lechuga lavada hecha un revoltijo. Ambas estaban mezcladas en una tartera transparente que Alison colocó sobre su maleta medio escorada. Julio adoraba el país de su mujer, pero la comida de Londres «me da taquicardia», decía. Eso aseguraba en público, y en privado se lamentaba aún más porque no soportaba el olor a curri ni el sabor a fritanga. Según él, allí solo se podía comer pizza vegetal sin queso. Recuerdo a Marga yendo y viniendo cargada con fiambreras o con platos envueltos en trapos y atados con una cuerda. Cocinaba para sus padres como rutina. Lo que más me llamaba la atención era que se apuntaba el menú de la semana en papelitos que luego e n g a n c h a b a e n s u l l a v e r o .

En la familia de mi madre no se solía hablar de dinero, política, religión, impuestos, divorcios o dificultades de la vida, así que lo sucedido en Inglaterra tendría que ver con alguna de esas variables, pensaba yo. Hacía poco había ido al cine con mi padre a ver *Titanic* y aquellas navidades había visto en la tele *Fievel*, el ratón ruso judío que huye de los gatos cosacos a Nueva York. Observaba aquella ciudad flotando y a mis abuelos alejarse caminando por la

pasarela sobre nuestras cabezas. Creía que se hundirían a las pocas horas o que no llegarían jamás.

Alison y Julio viajaban a Londres a menudo, pero lo hacían en avión. El barco me parecía sospechoso, pues bien podrían haber embarcado sus dos coches repletos de cachivaches para comenzar otra vida lejos. Luego me alegré al saber que era martes, que no había que ir al colegio y que nuestra madre nos había prometido desayunar en alguna cafetería con vistas al paseo marítimo.

El nombre completo de mi abuela era Alison Dunnock. A mí me sonaba a pirata. A la gente le costaba pronunciarlo; la llamaban «la señora inglesa del 34», en referencia a la gran casa donde vivían a las afueras de Santander, rodeados de fincas y árboles. Los nietos la llamábamos *Granny*, «abuelita» en inglés. No era la primera vez que se subía a un barco ni a un avión. Nunca la he visto llevar pantalones, siempre faldas o vestidos largos de flores atados hasta el cuello y cerrados con un broche de piedras relucientes. Su calzado favorito eran unas deportivas blancas. A medida que la vejez se posaba sobre su piel le cogió gusto a coleccionar campanillas metálicas que guardaba sobre su mesilla del salón. Las levantaba y las hacía sonar para llamar a las sirvientas. Estas, atemorizadas, le servían en bandeja de cerezo una taza a rebosar de té con leche y un par de pastas de mantequilla. Luego se retiraban caminando hacia atrás. Yo le regalé un cencerro de ternero para que diera la voz de alarma.

Alison nació en Tanganica, hoy Tanzania, en 1939. No tiene recuerdos de su vida en África, pero eso no ha impedido que su nacimiento y salida fueran siempre uno de los relatos fundacionales de la familia. «A mi padre le dieron

a elegir entre Brasil, Líbano y Tanganica. Fíjate qué países», me decía mi abuela, casi aspirando la jota, reminiscencias de su inglés, dando a entender que fue culpa de su padre no haber elegido otro destino. Peter Dunnock, mi bisabuelo, al que solo vi una vez, ejerció como veterinario en las colonias británicas. Un año más tarde, cuando Hitler decidió bombardear Londres, recibió la noticia de que su estancia en la costa pacífica africana había terminado y que tenía que regresar a la metrópoli. Como ya era mayor para combatir en la guerra, lo destinaron a controlar las enfermedades del ganado bovino en la isla. «Era imprescindible que la mantequilla no se terminara», aseguraba con sarcasmo Alison. La historia de cómo los padres de mi abuela, siendo ella una bebé, habían zarpado por obligación de Tanganica me recordaba a la que mis padres me habían contado cuando ellos salieron conmigo de Moscú. La historia se repetía medio siglo después: barcos, aviones, exilios. Ambos, mi abuela y yo, dejamos nuestra tierra natal para crecer en otra. Mis familias se movieron por el mundo que conocían, y prácticamente cada generación, cada miembro de mi árbol genealógico, nació en una ciudad y murió en otra, cuando lo normal era pasar la vida entera dentro de las fronteras de un mismo pueblo. Este es un patrón que se ha repetido en mi familia adoptiva y también en la biológica.

Alison recordaba una infancia más sola que en familia. «A veces, si mi padre podía, iba con él al laboratorio de la universidad y me dejaba jugar con los ratones. Por la tarde montaba en bicicleta y visitaba a mis amigas, que ya no sé dónde están», se lamentaba con ojos llorosos. Alison creció en una familia acomodada con posos victorianos en la que reinaba el puritanismo. La pobreza, el socialismo, los

ateos, los homosexuales, los artistas, la desnudez o las personas con ideas diferentes eran la forma en que el demonio se apoderaba de las familias.

Mi abuela, ya de mayor y en España, recordaba la fecha de floración de cada planta y también los árboles frutales que había plantado con cada hijo. Tenía una memoria prodigiosa. En su tiempo libre acudía a la cárcel de mujeres y les regalaba biblias. Escuchaba a las presas y se interesaba por ellas antes de que estas usaran las páginas para liarse cigarrillos. También le gustaba coger los DVD de mi abuelo sobre la guerra y colocar pegatinas de flores sobre las esvásticas. Hacía lo mismo con todas las felicitaciones de Navidad en las que se viera a una virgen con los pechos al aire amamantando a su hijo. El santo despecho y los nazis eran lo mismo para ella. Me extrañó que aprobara que su hija fuera a adoptar al hijo soviético de una peca-  
d o r a r u s a .

También recordaba con tristeza cómo una vez, con apenas siete años, se rompió el cráneo saltando de muro en muro. La encerraron en un hospital infantil durante varios meses, hasta que los huesos se soldaran. «Mi padre nunca vino de visita, trabajaba mucho. Mi madre Joan tampoco, tenía otros hijos preferidos». En 1956 dejó sus estudios universitarios y decidió viajar a España para trabajar como *au pair* y enseñar inglés. A pesar de esa frialdad con la que se crio, cuando llegó su momento de ser abuela y bisabuela abrazó, besó y jugó con todos sus nietos y bisnietos.

En España, impartió clases privadas de inglés a las hijas de un alto funcionario del Ayuntamiento de Sevilla. Esta pudiente familia veraneaba en Comillas, y durante unas vacaciones, huyendo del calor del sur, mi abuela

decidió acompañarlos. Esa semana decidió salir a mero-dear por los alrededores de Comillas en bicicleta, pero en aquella época era de lo más extraño ver a una chica sobre ruedas, casi un pecado. Mi abuelo se fijó en ella por eso mismo: «¡Una mujer en bici, qué escándalo!», se reía recordando. Ahora llevan más de setenta años casados.

Me imagino la cara de espanto de sus padres al pensar que su primogénita había seguido su vida en España en vez de continuar sus estudios en la isla. En el fondo mi abuela no era tan distinta a sus padres: se marchó al sur, en busca de la luz. Nunca tuve relación con la familia inglesa de mi abuela, ni nos habló inglés, y solo he estado en Londres una vez. Quizá ese distanciamiento tenía que ver con aquel mutismo que planeaba sobre ese viaje exprés del que nadie nos había dado explicaciones.

Aunque mi abuela se trasladó a España, se casó y tuvo varios hijos, nunca se adaptó del todo. Una sensación de abandono y de vida incompleta se acurrucó en su corazón. Yo la comprendía a ella y su temor de quedarse sola en casa. Mi abuela siempre quiso regresar a Inglaterra y morirse sentada en un banco de madera observando a los gorrones beber agua de un estanque. Para curarle la melancolía, le escondía chocolates entre los cojines. Yo sentía algo similar por Rusia, pero no guardaba ningún recuerdo; añoraba conocer a mi madre y aprender la lengua de Chéjov para leer los cuentos que mi abuela me leía.

Mi abuelo, Julio González, era de Ruiloba, un pueblecito tranquilo de casitas de piedra al lado de Comillas y en el que se solía oír algún cencerro de fondo. Cuando conoció a Alison, se encontraba disfrutando de unos días de permiso en el trabajo. A pesar de ser cántabro, toda su

familia se había mudado varios años antes de Santander a Bilbao para mejorar su condición. A mi abuelo le gustaba recordar que entre Bilbao y Comillas se tardaba un día entero en moto.

Juan, el padre de mi abuelo, trabajó durante más de tres décadas metido en las tripas de los barcos de la Compañía Trasatlántica Española, que llevaban pasajeros desde España hasta otras costas. Bilbao era entonces un puerto mucho más grande e importante que el de Santander. Desde ahí, mi bisabuelo Juan viajaría por todo el mundo: Manila, Cuba, Canarias, Nueva York, Río de Janeiro. Por los registros de inmigración de Ellis Island, en Nueva York, que he podido revisar, sé que cuando tenía veintiocho años pesaba setenta kilos. Mi abuelo, sin duda, heredó de él su delgadez.

Julio fue el último hijo de una cadena de cinco varones y el único que sigue con vida (al menos mientras escribo estas páginas). No recuerda a su padre Juan en casa, una ausencia que llegó a interpretar como falta de amor y de guía en la vida. Una vez le pregunté cuál era su primer recuerdo, y me contestó: «Que era tonto, aun en la caminata de la vida quiero ser menos». «Cuando era niño, prohibieron recordar. Mi padre no estaba y mi madre, en un cumpleaños, me regaló una lata de aceite vacía para tocar el tambor». Aquellas frases condensaban la represión de la posguerra, las heridas familiares y también la capacidad que tuvieron las familias de los años cuarenta en España para sobrevivir. El hecho de que su padre Juan estuviera navegando y casi nunca en casa proporcionó a su mujer Socorro suficientes ingresos durante la posguerra para alimentar cinco bocas, mandarlas al colegio y más tarde a la universidad. Les permitió ser más altos que la media, al menos un metro ochenta,

además de ascender en una sociedad, la bilbaína, que tampoco era la suya y en la que algunos sectores empezaban a recelar de los inmigrantes de otras partes de España.

A Socorro, la madre de mi abuelo, la llamaban la Generala por su forma impertinente, decían, de mandar a la gente o de dar órdenes. Yo nunca lo percibí, al menos no durante los años en que la conocí con vida. Cuando ella nació, su madre murió en el parto. Los niños nacían en casa, muchos morían, sus madres también, y «a los bebés que presentaban deformidades los encerraban en la cuadra». Eso decía mi abuelo de los pueblos. Pensaba que conmigo habían hecho lo mismo al nacer.

Es la única bisabuela de la que me acuerdo con claridad, sobre todo porque tenía un apellido germánico que no pegaba nada en Cantabria: Guesler. Descendía de un inmigrante alemán que llegó a Comillas a mediados del siglo XIX y que fue sastre toda su vida. Decía que era judío, pero nunca se encontraron pruebas.

Cuando tenía entre diez y catorce años compartí mucho tiempo con mi bisabuela, pues mi madre nos obligaba a visitarla en su casa de Ruiloba. De no ser por esos viajes, que duraban casi una hora y de los que llegábamos mareados, no la hubiera conocido, ni a ella ni a sus historias. Esa cercanía y ese roce con Socorro despertaron en mí una aguda sensibilidad a la hora de preguntar sobre la familia e interpretarla. Los interrogantes sobre mi familia adoptiva me motivaron, años más tarde, a hacer lo propio sobre mis ancestros en Rusia. Si tenía una bisabuela viva en Cantabria, era posible que también la tuviera en Moscú.

Cuando llegábamos a su casa nos recibía aplaudiendo tres veces. A veces nos propinaba bastonazos en

las piernas para que no la incordiásemos y luego se reía. Nos daba galletas Chiquilín. A pesar de esa mala leche que decían que gastaba, se comía a besos a mi madre y ella se sonrojaba. El aroma de su casa tenía notas de cera derretida, y el polvo de la manta negra que descansaba sobre sus *piernucas* se nos colaba por la nariz y nos hacía estornudar cuando la sacudía. Sus manos, casi transparentes, siempre estaban embadurnadas de crema. Escondía en un costado de su silla una botellita «que hace milagros», decía, de Agua del Carmen, un remedio alcohólico que la hizo durar casi un siglo de vida. Aquella pócima estaba más ligada a la superstición que a la medicina, pero el resultado fue efectivo.

Mis abuelos Alison y Julio se casaron primero en un pueblecito de la campiña inglesa y luego regresaron a Bilbao. Siempre me ha quedado la duda de por qué no se quedaron en Inglaterra. Mi abuela recuerda que el guardia civil del puesto fronterizo de Irún le recomendó guardar bajo llave el pasa-porte británico por si las cosas se ponían feas.

Mi abuelo trabajó en diferentes empresas hasta que pudo fundar la suya propia, «luchando contra sindicalistas y el interés de los banqueros, no hay otra manera», decía. Mi abuela tuvo tres hijos que nacieron en Bilbao, incluida mi madre Eva. El resto nació en Santander. «He dado a esta nación cinco hijos. ¿Qué más quieren, que trabaje?», repetía mi abuela, orgullosa de haber sido el motor del *baby boom* español. Durante algunos años, Alison les habló a sus hijos en inglés, pero el último de ellos se rebeló porque le daba vergüenza y se sonrojaba cuando lo escuchaban sus compañeros de colegio. Mi abuela abandonó su

lengua materna y nunca más la habló, ni con sus hijos ni con sus nietos.

Se marcharon de Bilbao a mediados de los sesenta. Siempre daban tres razones: la primera era que mi abuelo quería que su empresa creciera en Cantabria, y lo hizo, pues de ella hemos vivido cómodamente buena parte de la familia, y es quizá uno de los motivos por los cuales mis padres pudieron adoptar tan rápido en el extranjero; la segunda, porque Bilbao siempre estaba llena de humo; la tercera, porque mi abuelo estuvo preso un par de días debido a que la policía lo había confundido con uno de los fundadores de ETA, Julen Madariaga, quien había estudiado en Inglaterra. Se parecían física y etimológicamente. Para más sospecha, Julio estaba recién casado con una inglesa, y cada cierto tiempo recibía un giro postal con dinero de su suegro desde Inglaterra. La policía ató cabos.

Cuando era niño, y después en la adolescencia, siempre me fascinaron las historias de mis abuelos y bisabuelos, y entendí desde muy pronto qué significó para ellos, igual que para mí, la soledad, el sentimiento de abandono, la ausencia de los padres, la emigración, las separaciones y hasta el cambio de identidad. Sus historias me interrogaban porque eran similares a lo que yo sentía como adoptado: lejanía. Pero aún no era capaz de poner palabras a las heridas que la adopción había causado en mí. Y aunque estoy seguro de que solo me han quedado leves cicatrices de lo que realmente llegaron a ser, amar y sufrir fue suficiente para impulsar el motor de la búsqueda familiar muchos años después. Quería saber quiénes eran mis padres biológicos, por qué me abandonaron, por qué tuvieron que entregarme en adopción y qué sucedió en sus

familias. Como adoptado gocé de una estructura familiar sólida y amplia, con problemas y con diversión, con leyendas y con penurias, con pruebas superadas y con la protección que toda persona merece. De no haber contado con ese abanico de viejos y sabios que me enseñaron cómo fue su mundo, es probable que no hubiera sentido una curiosidad tan fuerte por buscar a mi familia biológica.